

Tierra y Libertad



Barcelona, 30 de septiembre de 1932

Semanario Anarquista

Año III : Número 83 : 15 CENTIMOS

Afirmaciones

La F. A. I. y los editores de "Cultura Libertaria"

Desde hace mucho tiempo que venimos siguiendo con profundo interés los puntos de vista orientados de los políticos sindicalistas aliados de la Esquerda. Vamos analizando con detenimiento todas sus afirmaciones al mismo tiempo que examinamos profundamente el contenido moral e su órgano oficial "Cultura Libertaria" para poder constatar de una manera concreta y positiva lo que representa la tendencia de los antiguos fundadores de la "Unión de Militantes" bajo la dirección del autor de "Objetivos".

Vamos comprobando poco a poco la forma como los políticos sindicalistas, mancomunados con los enemigos del proletariado que se esconden en la Generalidad van secundando la campaña de difamación y calumnias contra los militantes de la F. A. I., con la premeditada intención de fomentar la escisión de los medios confederales iniciada ya en los sindicatos de Sabadell por la sugerencia de los capostotes del sindicalismo neutralista, entregados en cuerpo y alma al diputado y político Companys.

Admiramos hasta hoy, casi en silencio, la nefasta labor derrochada de los hombres viejos que firmaron el célebre manifiesto de marras y sólo ahora — ante los ataques de "L'Opinió" contra los hombres de la F. A. I. y de la C. N. T., la publicación del manifiesto de los sindicatos federados de Sabadell y los recios ataques de "Cultura Libertaria" secundando el bajo plan de los primeros — comprendemos los motivos por que "los treinta" defienden de una manera sofismática, desde la fecha del 14 de abril, la heterogeneidad de la C. N. T. y su neutralidad en cuestiones de su ideología, falsando sus principios básicos con una política colaboracionista disfrazada, como lo habían hecho ya los sindicatos de Sabadell aceptando la ingerencia de los nefastos Comités Paritarios, hoy Jurados Mixtos.

Los antiguos defensores de la Unión de Militantes, fracasados ante el espíritu revolucionario de los productores simpatizantes de la F. A. I., abandonándose a todos los malabarismos para entregarse en manos de los políticos con el propósito de castrar el espíritu rebelde de la multitud que anhela derribar todo lo existente y estructurar una nueva sociedad más justa, humana y libre que la presente.

Los "treinta" no son hoy más que los histriones de la organización sindical.

Afirmando vincular la conciencia donde se condensa, en palpaciones fuertes, las aspiraciones de la vida colectiva de la C. N. T. y las reivindicaciones de justicia social, no hacen otra cosa, más que deprimir la voluntad y el ánimo de todos los trabajadores revolucionarios con el repugnante espectáculo de sus farsas reformistas, miserables y ridículas.

No se dan cuenta, esos filisteos, de que hoy de la trama sutil de sus elucubraciones malabares, groseras y nefastamente insulantes, se descubren los hilos más ocultos. De nada les vale que piensen con su cerebro y digna con sus labios, puesto que sus acciones son cuestiones de estómago más que de fantasía.

Son una plara de vanidosos cuando piensan sólo en ellos mismos y por crear ófrecer a los incautos una organización sin valor ideológico alguno, poniendo la verdad en la resultante de una fingida tendencia que no es más que un juego de palabras y una combinación de actitudes y gestos acomodaticios.

¡Pobres ilusos! No veis que un sentimiento de reconcentración de precio va sustituyendo a los que antes pomian los explotados en vuestras concupiscencias y una sonrisa de burla brota de los labios de todos en lugar de los frenéticos aplausos que os tributaban

en medio de los grandes actos de afirmación sindical.

Os ocurre lo mismo que a los actores, despojados por una visión penetrante, de sus falsas características de superhombres redentores, de medias.

Viene ocurriendo con los "treinta" firmantes del manifiesto de marras tal como ocurre con las concepciones antropomórficas. Es la afirmación absoluta por parte de los delistas al asegurar la existencia de Dios y la creencia de una vida futura.

Tan grande parece al delista la figura de Dios y la sombra ridícula de lo sobrenatural que ante el temor de la negación atea quedan con la amargura de adorar místicamente a lo que nunca han visto.

Con el ideal no puede ser así... apesar que los "veintinueve" niegan que el anarquismo no existe como ideal en la C. N. T. Los espíritus saturados de amargura son impenetrables a su dulcedumbre. Pero este momento va desapareciendo en la Península Ibérica donde el ideal vive en palpaciones elocuentes de vida.

Negar lo que ha de ser sustituido antes de sustituir. En la conciencia colectiva, al igual que en las individuales, las negaciones exotópicas son únicamente tránsito de creencias positivas, más racionales y firmes. En la de los anarquistas peninsulares empieza a incluirse al proceso positivo plasmando en las inquietudes transformadoras de la F. A. I., va sintiéndose con fuerza la necesidad de derrumbar todo lo viejo y arcaico para reconstruir. Esta necesidad va convirtiéndose en aceite profundo y poderoso de serlo y trascendente determinismo en defensa de la C. N. T. autónoma, políticamente autónoma, empero de finalidad genuinamente anarquista. El resurgir del anarquismo tiene un largo antecedente de elaboración íntima. Pero cada día confluyen nuevas fuerzas y nuevos valores a contrastar en su seno el germen de la F. A. I. — su dinamismo. La transformación será relativa pero positiva de hecho.

Los espíritus rebeldes de los trabajadores se elevan ante los orientadores de "Cultura Libertaria". Ya no es sólo el desdén lo que silencia por la tendencia de los "veintinueve" reformistas de adaptación por lo que de tal manera las sostienen. Los hombres que se debaten en el escenario de "Cultura Libertaria", más o menos olímpicos, más escritores, más o menos oradores, más reformadores, infunden irritación, ira, desprecio a los proletarios hasta hace poco por ellos orientados.

Y es que la conciencia del proletariado va siguiendo una trayectoria recta y va asimilando seriamente el ideal anárquico. El ideal de redención y manumisión y a ese ideal no responden las fórmulas vacías, las tendencias partidistas, las orientaciones malsanas y las contiendas villanas de los escritores de "Cultura Libertaria", sino que producen indignación y risibles contorsiones y demuestra su absoluta incapacidad para la vida de la organización social y anarquista.

ACABA DE APARECER los folletos siguientes:

La C. N. T., la F. A. I. y la Revolución Española
De A. G. GILBERT

El Cancionero Revolucionario
De E. GANTE



Como virtutas en el fuego

Hemos estado al tanto del movimiento pacifista internacional. Leímos las escritas de E. Reigis, Romain Rollan, Barbussa, Pioch y de otros muchos que sienten horror a las matanzas humanas. Un arsenal de literatura antibélica se ha gastado sin que en el fondo hubiera algo que atacara vivamente el problema. Sólo un informe de P. Romus, presentado en 1929 en un Congreso de Refractarios a la guerra, es digno de minucioso estudio.

En el cine, en el teatro, en la novela; tanto en la plaza pública como en las salas de conferencias, se ha combatido, con palabras terribles, a la guerra, y se ha anatematizado a todos esos execrables sectores de la vida social, que de la guerra viven y que con ella se enriquecen. Se ha mostrado hasta la sociedad toda la sangre vertida, todos los tormentos experimentados en los campos de batalla. Se ha abusado sobremanera de los tópicos pacifistas, como esos de que "todos somos hermanos", de que la guerra es la mayor y más estragadora peste, y que la armonía sólo imperará en la tierra cuando los hombres contengan cañones de amor, al por que se destruyan las armas fratricidas.

El movimiento político, social y literario de la postguerra, tiene una vigorosa acción. La guerra enseñó mucho a la juventud. Enseñó a odiar a la guerra. No hay nadie que al hablar de los infames asesinatos de hombres, de hermanos, organizados por los Estados, por propia inspiración del capitalismo internacional, no tenga presente, no vea ante sí, en alucinante visión, un campo lleno de cadáveres, un campo donde la metralla hizo que los cuerpos de los combatientes quedaran convertidos en alfileres despojos. Hablando de guerras, nos acordamos de la novela de Remarque o de la tan hermosa y viril de Scharrer. Escuchamos el orrisono silbar de los obuses, el escalofriante pifiar de los caballos heridos y el llorar angustiante de los que lanzan, agónicos, sus últimas palabras: "Madre, madre!" "¡Amada mía!", "¡Hijos míos!". Voces estériles que se pierden entre el ruido enloquecedor de los inicuos combates.

Pero, ¡dolor de los dolores! — loco desvario humano —, todo es inútil. Vana es la literatura, vanos los improperios contra un poder que es dueño pleno de nuestra vida. De nada sirven nuestras palabras llenas de fraternal ternura. Hay un obscuro dominio en la vida del hombre que lo impulsa a ser su propio enemigo. El mal le acecha continuamente y le envuelve en incandescentes torbellinos de locura. Odios, egoísmos, ambiciones. Malés fomentados por los Estados del mundo y aclamados por los encanallados poetas de la patria. Mientras el Estado está en pie, sirviendo de trinchera al capitalismo, de nada servirá la propaganda pacifista o antiguerrera. El obscuro dominio, los intereses capitalistas puestos en la Sociedad de Naciones, se impondrá por encima de toda lógica. Los libros, los mítines, los artículos y las conferencias contra la guerra, son como los dulces y frías barquillos de canela en tanto la sociedad capitalista subsista. Los trabajadores no han aprendido nada. Cuando el Estado francés, el alemán, el inglés o el español quieran, los hombres volverán a destrozarse. Les dirán que van a salvar a la familia, les hablarán del valor, del honor y de la familia, y el proletario francés, turco o polaco, irá a los campos de matanza a asesinar a sus hermanos, los "enemigos" en la guerra.

Cuanta labor se ha realizado no ha dado el resultado apetecido porque no se ha llegado hasta las entrañas vivas de la cuestión. La propaganda antimilitarista se ha circunscrito a un reducido círculo de opinión. No ha penetrado en el seno de la masa obrera y campesina. Es aquí donde hay que llegar con la palabra y la acción subversiva. El antimilitarismo ha de tener más adeptos entre los trabajadores. Es a los trabajadores a los que hay que educar revolucionariamente y es a ellos más que a nadie a los que hay que adiestrar en una perenne indisciplina.

No hacer eso, usar todo un tratado de retórica, hacer llorar a las madres, a las esposas y novias con sofismas pacifistas es como si en una hoguera arrojásemos un puñado de virtutas.

M.

Del momento Social

La desfachetez socialista

Peor, mucho peor que el enemigo declarado es el que, diciéndose amigo, de un modo solapado fragua contra nosotros las mayores iniquidades; el que alevosamente nos traiciona; el que tiene el cinismo de estar vendido al enemigo secular y aun blasona de nobleza, de entereza e integridad moral. Así ocurre con el Partido Socialista.

Jamás nos ha cegado el sectarismo encono de preferencias partidistas. Quien a la verdad rinde pleitesía precisa es que reconozca las deficiencias y las ventajas en donde quiera que ellos se encuentren. De ahí que al combatir al Partido Socialista lo hacemos porque estamos plenamente convencidos, como puede estarlo todo aquel que serenamente está atento a la situación social de España, de la ruindad que en él se esconde.

Vinculados con la máquina estatal, se han adaptado la metodología represiva y reaccionaria peculiar en todo gobierno establecido en el Poder. Este partido que aun tiene la osadía de adjetivarse defensor del proletariado, abiertamente ejerce de perro guardián de los intereses del capitalismo. Rebasa ya los límites de todo cuanto podía suponerse la relajación, la vileza del Partido Socialista. Desde la más despreciable acción de esquilaje, hasta la criminalidad del pistolero ha sido propagado y defendido por los socialistas. Es tanto el odio que sienten contra la justa rebeldía, contra el anhelo justiciero de las masas libertarias, que con el firme propósito de yugular toda esa efervescencia han apelado a los más innobles recursos.

Aprovechándose de su relevante situación en el Poder han tenido la colosal desvergüenza de sancionar proyectos legislativos por medio de los cuales adquiere carta de naturaleza el encefalismo agudo toda vez que con ellos una pliyada de "correligionarios" de los Prieto, Largo Caballero, Besteiro, Cordero y demás aprovechados pastores de la grey borregull socialista, halla-

¿Qué lugar habrá no sólo en España, sino en todo el mundo capitalista que no esté atacado por el mismo problema social?

Europa, América... 30.000.000 de hambrientos. 30 millones de personas, de trabajadores que no comen, que se mueren de hambre. Que les mata esta sociedad de vagos y vividores, de vendedores, ladrones y asesinos, amparados por los fusiles y las bayonetas de los gobiernos de todos los Estados.

Negro panorama. Panorama de la desesperación y de la muerte. Lamentos cortados por sendos vómitos de sangre.

Perpétuo caminar de la muerte. Muerte de agonía cruel en los hogares proletarios.

Luz sin resplandor... Pequeña luz y la que hay mortecina...

Robar para comer no es delito, dejarse morir de hambre, es cobardía.

Mundialmente, el panorama social es el mismo. Todo acusa una gravedad incontrolable por el grandioso número de parias sin trabajo que piden un poco de pan para vivir murdéndose; pero sólo se conforman a pedir y no toman lo que por ley de vida les corresponden.

"No hay trabajo". Es lo primero que sale de labios fríos, amoratados, con gesticulaciones e pantosas de la miseria.

No hay trabajo. No podemos consumir. Nuestros estómagos están contritos, secos; no almacenan ninguna materia de vitaminas y calorías. Somos los desheredados de esta sociedad de privilegios y de intereses creados.

Pasan las horas, los días y el famélico ejército de los hambrientos camina sin rebelarse hacia la tumba abierta por el capitalismo.

Espantosa tragedia.

Bancos, comercios; abundancia... Pedir, nunca; tomarlo, siempre.

MINGO

FONTAURA

Panorama Social

La perspectiva no puede ser más tétrica.

Ejércitos de hambrientos, esqueletos vivientes pasean su osamenta por las calles y extienden la mano desecada en súplica de una limosna.

Hombres son y tienen hambre, quieren comer; tienen derecho a comer; pero esos hombres se lanzan a pedir, a suplicar al viandante un mendrugo de pan.

Por las calles grandes edificios. Bancos repletos de oro; comercios abarrotados de comestibles. Abundancia y sin embargo el proletario se muere de hambre.

Nada se consigue con hacer manifestaciones pacíficas porque los "buenos mozos de la S. pública" no se preocupan de solucionar la horrible crisis del paro forzoso; dan leña sí, y también trabajo a la dependencia de los hospitales mientras ellos no trabajan y comen del presupuesto nacional.

Manifestarse sí; pero con la consigna de hacer trabajo; pero un

trabajo de buena calidad, de excelente calidad.

Paseo de Gracia, Plaza de Cataluña, Ramblas, Bancos, Comercio, Mercados.

Antigua calle de Fernando: Escaparates, dinero, comida. Arme-rías. Decisión... Estómago que se hartaría...

Inútilmente puede hallarse otra solución. En España, son muchos miles de obreros que no trabajan porque la burguesía y el gobierno no quieren.

En España hay más de 50.000 trabajadores parados sin ninguna posibilidad de emplearse porque toda la burguesía se mantiene a la expectativa de los acontecimientos nacionales e internacionales así como también el gobierno en pleno.

Paralizados como están los trabajos, tanto del campo, como de las ciudades fabriles y textiles y demás industrias en general. Cada vez es mayor el número de hambrientos y la miseria va extendiéndose más.